

VIII JORNADA DE BIOÉTICA

Conferencia de la Dra. Norma Ruiz de Falcón, Ph. D

La vida vulnerable en la Argentina Actual-Perspectiva bioética para un obrar solidario

La solidaridad ante la vida vulnerable según el pensamiento orgánico del Padre José Kentenich

El número 4 de la constitución *Gadium et Spes* del Concilio Vaticano II expresa claramente la realidad que vivimos:

“Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia e ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por fuerzas contrapuestas.”

Esta situación se ha agravado en nuestro tiempo gracias al fenómeno de la globalización y ha añadido otros elementos. La globalización económica o financiera ha afectado negativamente el respeto y promoción de la vida y del “ser” de persona, conjuntamente con las desigualdades económicas, aumentando así la cantidad de vidas vulnerables. Juan Pablo II reconoció esta situación y dijo: “... la globalización a menudo corre el riesgo de destruir las estructuras construidas con esmero, exigiendo la adopción de nuevos estilos de trabajo, de vida y de organización de las comunidades. Además, en otro nivel, el uso que se hace de los descubrimientos en el campo biomédico tiende a coger desprevenidos a los legisladores. Con frecuencia la investigación misma es financiada por grupos privados, y sus resultados se comercializan incluso antes de que se pueda poner en marcha el proceso de control social. Nos encontramos aquí ante un aumento prometeico del poder sobre la naturaleza humana, hasta el punto de que el mismo código genético humano se mide en términos de costos y beneficios. La técnica nos está abriendo camino hacia el descubrimiento de la estructura misma de la vida, que nos acerca a la curación de enfermedades antes incurables, a la creación de vidas vegetales y animales, etc., pero también nos está acercando a la destrucción del planeta y hasta la de nuestra especie, si no aprendemos a utilizar con prudencia los conocimientos y descubrimientos científicos. Todas las sociedades reconocen la necesidad de controlar este desarrollo y asegurar que las nuevas prácticas respeten los valores humanos fundamentales y el bien común” (Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la Academia Pontificia De Ciencias Sociales, 27 de abril de 2001, 3). De hecho, Juan Pablo II le pide a esta academia que con su

trabajo posibiliten un mejor discernimiento de las cuestiones éticas que plantea el proceso de globalización. La globalización debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común. La globalización tiene aspectos positivos, y sería un gran vehículo para globalizar la solidaridad.

La filósofa y profesora de bioética, Teresa Asnariz, dice por su parte que: “El mercado manejado por las empresas transnacionales domina el mundo económico-político con sus consecuencias sociales correspondientes”.¹ En este sistema todo se mide por la oferta y la demanda, en términos de costo-beneficio como ya hemos dicho. Todo esto nos ha ido llevando del pensamiento de solidaridad universal al de una autonomía llevada a un grado alto de individualismo, de “competencia y apetencia personal” en deterioro del aspecto comunitario propio de seres humanos necesitados del otro para alcanzar la plenitud de ser un yo.² La globalización ha traído bienestar económico, pero para unos pocos, acentuando la pobreza y la exclusión. Esto nos coloca, en especial a los cristianos, en la necesidad de combatir esa pobreza y exclusión y hacer planteamientos éticos al respecto. Estas dos referencias presentan claramente dos áreas de desafío para la bioética: el área de lo social, y el área de la salud y las ciencias de la vida.

Muchos sostienen que hoy día hay una coincidencia acerca de la amplitud del campo bioético. Ya no sólo es lo médico, sino también lo social, lo medioambiental, temas globales de salud y de las ciencias de la vida.³ El Prof. Dr. P. Jorge Ferrer entiende que el campo propio de estudio de la bioética se encuentra en el análisis de los problemas morales, que se plantean en las ciencias de la vida, en especial la biología en todas sus ramas y las profesiones sanitarias.⁴ Plantea que la bioética hace una “reflexión ética atenta a los problemas del planeta y comprometida con el sostenimiento de la vida y de su calidad, tanto de la vida humana, como de la vida de otras especies.”⁵

Dado lo expuesto hasta ahora, nos parece que la tarea de la bioética, con respecto a la preservación y respeto de la vida humana y la calidad de la misma, incluye también la vida de millones de personas que viven en la miseria y la exclusión, a quienes no se les respeta que son “personas” con una dignidad inviolable. P. José Kentenich, fundador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt reconoció la necesidad de que tanto la Iglesia, como otras instituciones, reconocieran la realidad de pobreza en que viven la mayoría de los seres humanos con sus consecuencias, y la responsabilidad que tenemos todos ante esta realidad. La miseria y la exclusión en que viven la mayoría de los ciudadanos de este planeta es una inmoralidad y se viola el principio de respeto a la vida y a la calidad de la misma, así como también el principio de justicia. En una ocasión dijo: “La solidaridad, el mutuo apoyo material, moral y religioso, es un valor de permanente vigencia. Tenemos que responder a las necesidades de nuestro tiempo. Y la más clamorosa ante todas ellas es la miseria social. Hay que trabajar a nivel social para paliar

¹ Asnariz Teresa, “¿De qué hablamos cuando hablamos de bioética?”, Revista Selecciones de Bioética, p. 49

² Ibid.

³ Ibid., p.51.

⁴ Cf. J. J. Ferrer, SJ y A. O. Santory, *Prolegómenos a un futuro tratado de bioética global: incorporando la ecología y la justicia cosmopolita*, p. 1.

⁵ Ibid., p. 2.

o eliminar ésa miseria.”⁶ Nosotros también entendemos que la necesidad más imperiosa de la humanidad del siglo XXI es la miseria social, pues la paz vendrá con la justicia. Sólo tenemos que echar una mirada a nuestro alrededor para darnos cuenta de que la vida más vulnerable es la vida de los pobres. Si reflexionamos esta realidad, desde una mentalidad orgánica, entenderemos que no sólo está en peligro la vida natural sino también la vida sobrenatural, como trataremos de explicar más adelante. Por eso queremos presentar la **solidaridad** desde la visión orgánica de P. Kentenich, como medio y fin último para enfrentar los desafíos éticos que nos presentan las vidas vulnerables a comienzos del siglo XXI, en especial en el área de lo socio-económico, no sólo en Argentina sino en casi todo el globo terráqueo.

La solidaridad como fruto de una mentalidad orgánica

El P. Kentenich entendía que la globalización económica producía una sociedad de masas que está más unida por intereses y factores externos, que por principios y valores compartidos. Le era muy evidente la fragilidad de esta manera de convivencia, y resume las consecuencias que se derivan de ella con la palabra “despersonalización”. Resalta que este hombre y mujer despersonalizada tiene un vacío de su interioridad, desarraigo y desvaloración o pérdida de la propia dignidad. Se reduce simplemente a una parte del todo colectivo, en que ese todo colectivo se entiende como una maquinaria. Sólo vale por la utilidad o función que realiza, es manipulable, desechable y sacrificable como una cosa. Esto conduce al desarraigo y a la soledad interior que nace de la conciencia de que no “pertenece” a ningún lugar ni a nadie. Llamó a esto “frío cosmológico y antropológico”; y a todas estas ideologías secularistas contemporáneas las llamó “colectivismo”. Esta situación crea un ser humano absolutamente desvinculado de las personas, de Dios, del terruño y de los ideales. El ser humano ha perdido su centro de gravedad que es Dios. Y esto trae por consecuencia un individualismo malsano que va a producir desigualdades, injusticias, miseria y hambre. La verdad objetiva, la justicia y la santidad han desaparecido. Estas poderosas ideologías han creado en los últimos siglos, de “modo brutal e injusto”, las estructuras sociales bajo las cuales la mayoría de los pueblos viven hoy. Para él, esta situación es producto de la “mentalidad mecanicista”. Esta es, con sus consecuencias, la razón mas profunda de la extrema injusticia social, de la falta de solidaridad y de la pobreza en la que vive la mayoría de la humanidad. “La observación de la vida - dice - me fue mostrando, con el correr de los años, que el intelectualismo mecanicista ha arrebatado a la cultura occidental su ímpetu religioso moral y quebrantado su capacidad de oponer resistencia a los elementos negativos del espíritu de cada época (Zeitgeist); que dicha mentalidad torna estéril la idea de Dios para la vida práctica; ...”⁷

Una de las características principales de esta mentalidad es separar el “pensar” (en su sentido epistemológico) del actuar y del amar. La “enfermedad mecanicista” que padece nuestra sociedad es una fuerza separatista o “despedazadora”. Hernán Alessandri sintetiza el concepto de mentalidad mecanicista del P. Kentenich de la siguiente manera:

⁶ Kentenich José, en J. P. Cattogio, “El nuevo orden social y la pobreza”, EN: Cuadernos Patris, n. 2, Chile, ed. Patris, 1997, p. 9.

⁷ José Kentenich, en Hernán Alessandri, En el umbral del tercer milenio, Editorial Patris, Santiago de Chile, 1989, p. 20.

“La mentalidad mecanicista se caracteriza por su constante tendencia a considerar mecánicamente separados (y hasta opuestos entre sí) elementos que - de suyo y por voluntad de Dios - constituyen un conjunto orgánico, dentro del cual están llamados a complementarse, apoyarse y fecundarse mutuamente. Separa mecánicamente donde hay unión; divide y opone donde sólo hay diferencias o ‘polaridades’ destinadas a su mutua complementación o fecundación”.⁸ Se le escapa la vida concreta como tal, que está determinada por un desarrollo histórico particular y que obedece a leyes muy distintas de las del funcionamiento lógico de una máquina. Por ser tan insensible, el pensar mecanicista no logra comprender ni respetar las culturas de los pueblos, entendidas como expresión global de su vida. Reduce la vida humana a sus dimensiones económicas y políticas, y a sus respectivas estructuras, las cuales procuran más bien un poco de eficacia pragmática carente de toda valoración ética. Vemos claro cómo este tipo de mentalidad puede generar falta de solidaridad, injusticia social, desigualdad y pobreza. Ante esta mentalidad mecanicista el P. José Kentenich contrapone la “mentalidad orgánica”. La solidaridad será el fruto de asumir toda la realidad desde una visión orgánica de la misma. Lo “orgánico” sugiere vida, capacidad de crecimiento y un todo interrelacionado.⁹ El P. Horacio Sosa entiende que el pensar orgánico, desde el punto de vista del P. J. Kentenich, “se refiere a la realidad como totalidad real, tanto de lo que se entiende como realidad natural cuanto de lo que se denomina realidad sobrenatural y la mutua relación de ambas realidades”.¹⁰ La mentalidad o visión orgánica une, ve el universo como un todo, como un organismo en “comunicación vital” con Dios. “El cosmos quiere ser visto y considerado nuevamente como unidad; el hombre quiere ser comprendido en su totalidad individual y como miembro integrante de la totalidad cósmica.”¹¹ El concepto de “organismo” que presenta P. José Kentenich puede resumirse en el concepto de “integración”, y es lo que llamó la doctrina o teoría del “organismo” en su teoría y práctica. La visión orgánica nos lleva a conocer orgánicamente la realidad, vale decir, a contemplarla a la luz de nuestra razón, iluminada por la luz de la fe. De esta manera abarcamos la dimensión humana y también la divina de la realidad. El conocimiento se vincula con el amor, pues el conocimiento de la realidad nos revela el amor de Dios y nos invita a responder con amor, superando la separación mecánica entre conocimiento y amor: “Los conocimientos se convierten en vida y la vida en amor”.¹² Las siguientes palabras de Paulo VI, en la encíclica *Populorum Progressio*, están acordes con la visión orgánica del P. José Kentenich: “El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad” (no.41). De ahí la primacía que le da este último a la solidaridad. Pero antes de reflexionar sobre la solidaridad desde esta

⁸ Hernán Alessandri, La propuesta evangelizadora de Schoenstatt, Editorial Patris, Santiago de Chile, 1996, pp. 136-137. Ver José Kentenich, Que surja el hombre nuevo (Jornada pedagógica 1951), Editorial Schoenstatt, Santiago de Chile, 1987, p. 103.

⁹ Cf. José Kentenich, Epístola Perlonga, Traducción para uso privado del Movimiento de Schoenstatt, p. 30.

¹⁰ Horacio Sosa Carbó, Perspectivas pedagógicas en el pensamiento del padre José Kentenich (1885-1968), con especial consideración de la dimensión axiológica, ed. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1996, p. 13.

¹¹ M. Bleyle, La educación según la espiritualidad de Schoenstatt, Editorial Schoenstatt, Santiago, 1983, p. 60.

¹² José Kentenich, Plática en Marienau, 29.12.65, (manuscrito), en: H. Alessandri, Propuesta..., o. c., p. 149.

visión orgánica, veamos un poco el desarrollo del concepto de solidaridad en la doctrina social católica.

La solidaridad

Son muchos los que a través de la historia han reflexionado sobre la solidaridad. También la solidaridad ha tenido su desarrollo en la Doctrina Social de la Iglesia.¹³ El tiempo no nos permite entrar de lleno en este desarrollo así que nos limitaremos a mencionar sólo algunos conceptos sobre solidaridad de la doctrina de la Iglesia. El término lo utilizó por primera vez el Papa Pío XII en la carta encíclica *Summi Pontificatus*. En el mensaje de Navidad de 1956 la catalogó como “exigencia concreta” para alcanzar la paz.¹⁴ Para Juan XXIII la solidaridad es expresión del deber moral de proteger los derechos humanos básicos de la persona; constituye uno de los fundamentos morales en los que se asientan las relaciones de la comunidad mundial; y favorece el desarrollo moral de las estructuras sociopolíticas.¹⁵ La Constitución Pastoral *Gadium et Spes* es considerado uno de los documentos fundamentales de la doctrina social de la Iglesia y tuvo mucho que decir de la solidaridad. En ella, la solidaridad tiene un aspecto espiritual y otro práctico; ese elemento práctico estructura la repercusión social que tiene; su dimensión teológica tiene una fundamentación Cristológica abierta al Dios Trino; también tiene una dimensión ética que promueve normas morales universales; y tiene una dimensión pastoral que potencia y dinamiza su actividad.¹⁶ Por su parte, Paulo VI utilizó el tema de la solidaridad en muchas ocasiones. Para él “ser solidario iba mucho más allá de la mera provisión de los fondos que son imprescindibles para sobrevivir; significaba tener conciencia de que todo individuo tenía derecho de disponer de los recursos necesarios para desarrollarse integralmente como persona y como pueblo”.¹⁷ Solidaridad es un deber ético en materia económica, política y social; un concepto unido “indisociablemente” a la paz; el lugar de encuentro del ser humano, con el otro ser humano y con Dios; y el punto de partida de una distribución equitativa de los bienes de la tierra.¹⁸ En cuanto a Juan Pablo II podemos decir que la solidaridad ha estado en el centro de la propuesta ética de su magisterio.¹⁹ Sus tres grandes encíclicas sociales *Laborem Exercen*, *Sollicitudo Rei Sociales* y *Centecimus Annus*, así lo demuestran. Mencionaremos solamente algunas de sus posiciones respecto a la solidaridad. La solidaridad es para el trabajo factor “integrador” y realizador del desarrollo personal del ser humano; la solidaridad cumple una labor medianera en el diálogo social y es el auténtico camino de la paz; es un deber moral; es una actitud ética; es una virtud próxima a la caridad; colabora a construir una civilización justa basada en el amor y en la verdad; es un valor moral objetivo; etc.²⁰

¹³ De Velasco Juan Mario, La bioética y el principio de solidaridad-Una perspectiva de la ética teológica, Universidad de Deusto, Bilbao, 2003, p. 245.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid., p. 260.

¹⁶ Ibid., pp., 274-275.

¹⁷ Ibid., p. 281.

¹⁸ Ibid., p. 290.

¹⁹ Cf. Marciano Vidal en Velasco, o. c., p. 291.

²⁰ Ibid., p.309.

Veremos que la concepción del P. José Kentenich sobre la solidaridad está enmarcada dentro de la doctrina social católica, habiéndose adelantado a muchos de estos conceptos. Ya para los años 20 y 30, concebía la solidaridad como una realidad fundamental y constitutiva de la misma existencia humana hecha a imagen de la Santísima Trinidad y base de un nuevo orden social.

El P. José Kentenich y la solidaridad

El P. Kentenich entendía que un nuevo orden social era necesario. Este nuevo orden social debía redimir el mundo tanto en sus relaciones terrenas, como también en su espiritualidad; en otras palabras, en la relación entre personalidad y comunidad, entre personalidad y economía, personalidad y técnica, personalidad y progreso social, y en su relación con lo sobrenatural. Es la formación de un hombre nuevo y una comunidad nueva, desde una visión orgánica que integra todas las dimensiones del ser humano. Para él, la razón principal de estas dificultades estriba en un concepto equivocado de “ser” humano. El orden del ser determina el orden de actuar; el hombre ya no es considerado en su dignidad y en su esencia de su ser. Hemos sustituido el ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios (*Homo sapiens*), por el “homo economicus”, “homo faber” y “homo technicus”, que es considerado como una cosa, como parte de una máquina, y valorado únicamente por su utilidad. Es obvio que aquí hay un problema antropológico de fondo, no se reconoce al ser humano en su dignidad y en su ser de persona. Juan Mario de Velasco sostiene que: “La dignidad es el valor que afirma en el ser humano la condición de ser fin en sí mismo, y no la de un simple medio sujeto a cualquier posible instrumentalización en beneficio de otros.”²¹ Es la misma convicción de P. Kentenich: el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios y es persona; éste es el principio antropológico que sirve de base o fundamenta la dignidad de la persona humana. La imagen de Dios que hay impresa en el hombre y la mujer, es una “constante advertencia de la radical igualdad” que hay entre todos los miembros de la familia humana. El ser humano es un ser social por naturaleza, y la naturaleza común, compartida por todos y redimida en Cristo, nos coloca en una obligatoriedad moral de ser solidarios con las personas que se encuentran en situaciones de miseria y desamparo social y que no tienen acceso a una vida digna. A este nuevo orden social, fundamentado en la solidaridad, le llamo **solidarismo**.

José Kentenich entendía que para lograr un nuevo orden social había que procurar un nuevo orden económico a la vez que luchar por una reforma moral y espiritual de la humanidad. En el documento conocido en Schoenstatt como la Epístola Perlonga, “lanza” su programa dirigido a superar el capitalismo “salvaje” y el marxismo, pero a la vez rescatando lo valioso de ambos sistemas en una “nueva síntesis orgánica”. Propone el espíritu del solidarismo contra el individualismo y el consumismo descontrolado del capitalismo, así como también contra el colectivismo propiciado por el marxismo. El P. Kentenich entendía el solidarismo como un “vínculo comunitario que une los corazones de los hombres”.²² Este espíritu de solidarismo infunde “alma” a las estructuras jurídicas y económicas de la sociedad. “Si los hombres no se sienten vinculados de corazón, la

²¹ Ibid., p. 339.

²² Cf. J. Kentenich, Epístola Perlonga, trad., de Roberto Bernet, 2003, p. 39.

justicia será superficial y no fundada en la certeza interior de que el prójimo es un hermano y no un enemigo en el campo del libre mercado.”²³ El solidarismo se funda en la filiación divina que comparten todos los seres humanos y debe realizarse no sólo a nivel personal sino también entre los pueblos y en toda la “comunidad humana”.

También entendía que el solidarismo armonizaba y equilibraba la tensión existente entre libertad personal y responsabilidad social. Sostenía que para lograr este solidarismo es necesario una actitud social consistente en un espíritu “de consideración de los demás, de una delicada compasión ante la miseria ajena y la ayuda pronta y oportuna” basada en el amor y la bondad²⁴, y sólo puede lograrse combatiendo enérgicamente el egoísmo y la “egolatría”.

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* encontramos una confirmación de la intuición profética del P. Kentenich. Juan Pablo II “postula como indispensable para el surgimiento de un mundo más justo y humano en el tercer milenio cristiano que las organizaciones internacionales (desde la ONU hacia abajo) evolucionen hacia una estructuración ‘solidaria’.”²⁵ Esto es lo que el P. Kentenich ha llamado “organicidad”, “federatividad” y también “solidarismo”. Para el Papa la solidaridad consiste en “asumir el hecho de la interdependencia de todos los hombres como una ‘categoría moral’ (SRS 38f). Esto exige afirmar la autonomía de cada nación y la igual dignidad de cada una en el marco de sus legítimas diferencias. El concepto de “solidarismo” que el P. Kentenich designó como el futuro orden social es una obvia anticipación de los pensamientos de solidaridad de Juan Pablo II (*Sollicitudo rei socialis*, n. 38, 39 y 40). Él lo llamó también “organismo de vinculaciones”: que es la manera como los seres humanos y las naciones estarán en el otro, con el otro y para el otro. Dicho de otro modo, en un sistema federativo las partes, en unión solidaria, se convierten en un “organismo vivo” dentro del cual se intercambian riquezas y se produce una complementación. Aquí operan los principios de complementariedad y subsidiariedad.

La unidad en la diversidad se identifica con la solidaridad membral, que es la respuesta a la tensión que se da entre individuo y comunidad. En toda situación social hay una confrontación entre el bien común y el bien individual, o entre los intereses personales y el interés del todo. Hay que respetar la pluralidad sin caer en divisiones y egoísmos particulares; hay que constatar las ventajas que conlleva el respeto al bien individual sin que con ello se afecte la unidad y el bien común. Si no se logra se caerá en lo que el P. Kentenich llamaba la “atomización de la comunidad” o peligro de la “enfermedad del egoísmo sin límites”.²⁶ No es fácil impulsar la diversidad y a la vez consolidar la unidad. Sin embargo es propio del cristianismo velar por los intereses de todos y mantener la unidad.

El elemento trinitario se proyecta como principio sociológico y organizativo que ilumina el sentido profundo que el P. Kentenich desea dar a un nuevo orden social. Su visión de la Santísima Trinidad es la de “una familia” donde cada persona divina es una “pura”

²³ Cf. J. Kentenich, en P. Moore, “Algunos aspectos del pensamiento social de padre Kentenich”, EN: Carisma, ed. Patris, Chile, v. 31, 1992, p. 77. Ver nota 55 de esa página.

²⁴ Cf. J. Kentenich, Bajo la protección de María, (Apuntes de Conferencias dictadas por P. José Kentenich y recopiladas por Fernando Kastner P.S.M.), Tomo 2, ed. Hermanas de María Schoenstatt-Argentina, Buenos Aires, 1989, p. 189.

²⁵ Cf. H. Alessandri, Propuesta..., o. c., p. 244.

²⁶ Cf. José Kentenich en Sosa Carbo Horacio, Perspectivas..., o. c., pp. 14-15.

relación de amor con las demás: “¡Trinidad! El Padre participa su plenitud al Hijo y, ambos, unidos, participan su plenitud al Espíritu Santo, y viceversa. Entre las tres Personas existe un fluir eterno, un eterno acto de participación de la infinita bondad de Dios.”²⁷ En el misterio trinitario las Tres Personas divinas son pura vinculación de donación amorosa y vital de una a la otra, unidas en comunión de tan infinita plenitud, que constituye el modelo de toda vida familiar humana.

Desde el punto de vista antropológico decimos que el ser humano es imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26), lo que equivale a decir que es imagen y semejanza de la Santísima Trinidad. El ser humano, por su misma naturaleza, necesita de la vida social. Posee una individualidad, pero su “yo” se revela en la confrontación con un “tú”.²⁸ La referencia de nuestro “yo” al “tú” genera el “nosotros”.²⁹ Dicho en otras palabras, no hay un “nosotros” sin un “yo”, así como no hay un cuerpo sin sus partes. Pero también señala que no hay un “yo” sin un “nosotros”, así como las partes sin un cuerpo serían solamente un objeto. “No hay hombre sin hombres “. La Trinidad no sería Dios si le faltara el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo. Hernán Alessandri afirma que el misterio más íntimo de Dios, a cuya imagen hemos sido creados, no está en su omnipotencia, sino en el hecho de ser una “comunidad de tres Personas” con un solo corazón; cada una de ellas vive en las otras formando una “comunidad de corazones”³⁰. El P. Kentenich ve en este concepto de comunidad el fundamento de la “solidaridad”: las tres personas de la Santísima Trinidad viven la solidaridad en su máximo grado; o dicho de otra manera, viven vinculadas orgánicamente en plenitud, que es la esencia del solidarismo.

Para el P. Kentenich la solidaridad tiene dos vertientes: la natural y la sobrenatural. La comunidad natural se refiere a lo que ya hemos estado expresando sobre la Trinidad y el ser humano. Desde el punto de vista metafísico la persona es incomunicable; desde el punto de vista antropológico, es esencialmente comunicación y comunión. El ser humano es un ser naturalmente social, es para sí siendo para los demás, al igual que las personas de la Trinidad. Esta exigencia de su ser conlleva la exigencia de amar. “Yo” significaría entonces “estar necesitado de un tú, del tú que me falta”. Cuando el “tú” y el “yo” se comunican se crea la comunión que formará el gran organismo vivo de “la familia de la humanidad”, como lo expresara santo Tomás en la Suma Teológica.³¹ El P. Kentenich apunta en esta misma dirección: ser personas que vivamos estrechamente vinculadas en comunión de amor, formando una familia al igual que la Trinidad, cuya esencia es ser familia.³²

Cuando El P. Kentenich habla de la comunidad sobrenatural se refiere al orden de la redención, considerando que la comunidad social está también al servicio de la redención.

²⁷ J. Kentenich, Ejercicios para la Federación de Mujeres de Schoenstatt, 1 al 7 de agosto de 1932, en: La Santísima Trinidad. Un misterio actual, Selección de textos del P. José Kentenich relacionados con la Trinidad recopilados por P. Rafael Fernández con motivo del año dedicado a la Santísima Trinidad, 1999, p. 48.

²⁸ Cf. J. Kentenich, Bosquejos de homilías de cuaresma para el año mariano de 1954, EN: La Santísima Trinidad..., o. c., p. 89.

²⁹ Cf. J. Kentenich, Plática para las Hermanas de María de Schoenstatt en Nueva Helvecia, Uruguay, 23 de mayo de 1947, EN: La Santísima Trinidad..., o. c., p. 123.

³⁰ J. Kentenich, Bosquejo de homilías..., o. c., p. 90.

³¹ Cf. P. G. Carmona, “Schoenstatt y la cuestión social: su dinámica y desafíos”, EN: Carisma, ed. Patris, Argentina, v. 31, 1992, p. 88, nota 51.

³² Cf. J. Kentenich, Pláticas a las Hermanas de María en Nueva Helvecia..., o. c., p. 122.

El ser humano es un eslabón o parte de una cadena de un organismo vivo que es la “familia de la humanidad”, y que depende de sus congéneres también en lo espiritual o en el orden a la redención.³³ Vale decir, se refiere al carácter social de la redención que consistirá en el restablecimiento de la comunión, cuyo culmen es la “comunión de los santos”. Ahora, esta solidaridad, que une a los seres humanos, surge de la incorporación a Jesucristo. La comunión con Dios se manifiesta en la mutua comunión de todos y debe realizarse en la historia. “Hemos sido convocados a una fraternidad universal: no existen llamamientos a una relación solitaria con Dios ni a una filiación independiente de la fraternidad que de allí emana. Este es propiamente el fundamento social del cristianismo. El cristianismo es por esencia social: para que un cristiano pueda actuar como tal, necesita sus hermanos.”³⁴ Esta solidaridad se pone de relieve en las imágenes del Reino, la Vid y el Cuerpo. Guillermo Carmona afirma que esta solidaridad, tal como la concibe el P. Kentenich, no resta intimidad y fuerza al individuo sino que asegura el éxito del cuerpo social cristiano. Cada creyente se hace una sola cosa en y con su Señor (1 Co 6, 17), y a la vez una sola cosa entre sí (Rm 12, 5; Ga 3,28). La solidaridad sobrenatural es mucho más fuerte que la solidaridad natural.

De lo dicho anteriormente surge, como consecuencia ineludible, la corresponsabilidad con todos los seres humanos, que son mis hermanos. Todos somos hijos del pasado y padres del futuro, ya que vivimos un “entrelazamiento de destinos” y conformamos una “unidad moral”³⁵. Mis acciones repercuten en la sociedad y viceversa; estamos “indisolublemente ligados”, querámoslo o no, más aún en un mundo globalizado. Por eso el P. Kentenich considera que todos los deberes del ser humano son deberes sociales. Si no cumplimos con ellos se produce una lesión de los derechos del prójimo. Todo pecado tiene una perspectiva comunitaria; no basta ya la ética individualista.³⁶ Cuando herimos a alguien también se lesiona la capacidad de hacer el bien que éste tiene. El P. Kentenich señalaba que dicho valor solidario tiene grandes implicaciones para la cuestión social: si no nos preocupamos por la vida del prójimo estaremos pecando contra la caridad. Los dones que se nos han dado poseen un destino social porque mis fuerzas y talentos son instrumentos del bien común.

El P. Kentenich sostenía que la comunidad está así mismo al servicio del individuo. Le corresponde a la comunidad velar para que se proclame y se luche por la dignidad de la persona humana: “Le corresponde establecer un orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre y permita a cada uno y a cada grupo afirmar y cultivar su propia dignidad.”³⁷ Ya hemos explicado el concepto de dignidad; pero lo que queremos resaltar aquí es el deber de la comunidad de velar por el bien y la dignidad del individuo. El P. Kentenich entiende que erradicar la pobreza es una de las tareas primordiales de la comunidad, y piensa que se debe organizar la caridad “en la más alta esfera”, para lo cual

³² Cf. J. Kentenich, *Bajo la protección de María...*, o. c., p. 184.

³⁴ Cf. G. Carmona, o. c., p. 89.

³⁵ J. Kentenich, *Nuestra misión mariana* (1945), trad. de Roberto Bernet, 2003, p 4; Cf. J. Kentenich, *Lucha por la verdadera libertad* (plática dada por el P. Kentenich en los ejercicios para sacerdotes de enero de 1946), trad. de Roberto Bernet, 2003, p. 65.

³⁶ Cf. J. Kentenich, *Bajo la protección de María...*, o. c., p. 185.

³⁷ J. Kentenich, en: G. Carmona, o. c., p. 90. Ver nota n. 64 de la misma página.

es preciso utilizar todas las técnicas económicas al servicio directo del ser humano, para que éste recupere su dignidad.³⁸

Un modelo trinitario o federativo no sólo propicia una coordinación “funcional” y “operativa” de la comunidad particular, sino que su “unión solidaria” convierte a la comunidad en un “organismo vivo” dentro del cual se intercambian riquezas y se produce una mutua complementación. Este intercambio de riquezas y mutua complementación es la solidaridad.

Hemos visto que la solidaridad, es para el P. Kentenich la característica fundamental de un nuevo orden social al que llamó solidarismo. Para él solidaridad es estar uno en el otro, con el otro y para el otro. Desde su visión, y desde la visión de la Doctrina Social de la Iglesia, podemos decir que la solidaridad tiene categoría ético-teológica, por eso se convierte en un “principio” bioético. A este respecto, Juan Mario de Velasco sostiene que el origen de muchas discriminaciones que sufren los seres humanos y que violan sus derechos fundamentales tienen que ver en con ciertas circunstancias, como son el lugar de nacimiento, raza, sexo, religión, etc.³⁹ Estas discriminaciones conducen a una gran parte de la humanidad a vivir de manera precaria y muchas veces indigna para la persona. Muchas de estas violaciones a la dignidad humana afectan de manera especial a valores que son defendidos por la bioética. Postula que la igual consideración de todo ser humano en cuanto a portador de derechos establece un mínimo irrenunciable a perseguir. “Los derechos humanos fundamentales diferenciados por la ética constituyen dicho mínimo y determinan la meta aspirada. Esta debe quedar justificada desde la teoría principialista y para ello se considera necesario postular un nuevo principio armonizador y articulador de dicha teoría: la solidaridad.”⁴⁰ O sea, que la solidaridad se convierte en el principio articulador de los valores, ya que es un “hecho antropológico y teológico estructurante del ser humano”. Vemos claramente la coincidencia con el P. Kentenich.⁴¹ También Juan Pablo II entendía que el espíritu solidario debe estar presente en la bioética.⁴²

Ya hemos dicho que la bioética, en su función de proteger la vida y la calidad de la misma, le compete preocuparse por la justicia social y porque todos los seres humanos tengan acceso a una vida digna. También hemos planteado la solidaridad como el principio y fundamento de un nuevo orden social cristiano. La solidaridad humana dignifica no sólo la persona que tenía violado sus derechos y es socorrida, sino también a la persona que actúa en un momento determinado a favor de ese prójimo necesitado. “... la salvación (humanización plena del ser humano y, por tanto, de su dignidad), nunca se realiza solitariamente, sino en su relación con los demás y desde la Persona de Cristo.”⁴³ En Cristo esto se dio en su máxima expresión: “con su muerte y resurrección, Cristo manifiesta su solidaridad salvífica con todo el género humano, restaurando al mismo tiempo la dignidad perdida por el pecado”.⁴⁴ Todos tenemos el deber moral de ser solidarios con las personas que se encuentran en situaciones de “desamparo social” y que

³⁸ Ibid., p. 93.

³⁹ Juan Mario Velasco, o. c., p.185.

⁴⁰ Ibid., p. 186.

⁴¹ Ibid., p. 339.

⁴² Ibid., pp.308-309. Ver Congreso Internacional de Médicos Católicos, julio de 2000.

⁴³ Ibid., p.340.

⁴⁴ Ibid.

no tienen acceso a una vida digna; y la base de este deber moral es: “la igual dignidad que en Dios tienen todos los miembros del género humano, creados desde el amor, salvados en Cristo y llamados a vivir su propia vida”.⁴⁵ No es solamente no hacerle mal al otro, la solidaridad demanda buscar el bien del otro en todo momento y se debe materializar en acciones positivas en favor del necesitado. Muchos plantean que el problema social mayor es la inacción u o misión de los deberes de los “buenos”. Juan Mario de Velasco concluye “que los deberes requeridos por el principio bioético de solidaridad son del mismo rango y alcance que los que demandan los principio de no maleficiencia y justicia...”⁴⁶ Más aún, concluye que el principio bioético de solidaridad tiene suficiente entidad para considerarse con supremacía jerárquica respecto de los demás principios “en base al carácter primigenio que le confiere su naturaleza antropológica estructural y al tipo de deberes que sustenta”.⁴⁷ De esta manera se convierte la solidaridad en el marco de comprensión de todos los principios y actúa como clave interpretativa de la misión que le compete a cada principio particular. Velasco la considera como “principio articulador” de la teoría principialista.⁴⁸

Pero también la solidaridad es punto de referencia para la bioética especial y la bioética médica o clínica. Y, aunque no nos corresponde este tema específico, solamente queremos hacernos eco de las palabras de Velasco que sostienen que uno de los primeros problemas que debe resolver el “principialismo solidario” es la distribución justa de los recursos sanitarios disponibles. Y para eso deberá comenzar por desarrollar políticas sanitarias basadas en el principio de solidaridad.⁴⁹ Lo hemos dicho en otras ocasiones, el pobre no se plantea la moralidad de las técnicas médicas modernas o si quiere beneficiarse de ellas, **el pobre no tiene acceso a los cuidados básicos y esenciales de la salud**, por lo tanto nunca llega a ese momento. Y para colmo, los pobres son utilizados, en muchas ocasiones, como conejillos de India para la obtención de nuevos medicamentos y nuevas técnicas médicas.

Síntesis

En fin, cuando el P. Kentenich hablaba de un nuevo orden social se refería a un hombre nuevo y a una comunidad nueva, como dijimos al principio. Para él debía ir de la mano promover un nuevo orden económico, a la vez que luchar por una reforma moral y espiritual de la humanidad.⁵⁰ Como también ya hemos indicado, concibió la solidaridad como el principio básico de este nuevo orden social que establece la vinculación común natural de los seres humanos; o dicho de otra manera, es la responsabilidad mutua por el bien común. El solidarismo se debía realizar no sólo a nivel personal sino también entre los pueblos y en toda la comunidad humana. El personalismo no puede estar desvinculado del solidarismo. En suma, el P. Kentenich exhorta a superar el espíritu negativo del tiempo, el espíritu capitalista y el bolchevista, y crear un “hombre nuevo” en una “comunidad nueva” con una ética laboral nueva. Podríamos resumir de la siguiente manera cómo es este hombre nuevo:

⁴⁵ Ibid., p. 344. Ver nota 17.

⁴⁶ Ibid., p. 350.

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Ibid., p.351.

⁴⁹ Cf. p.352

⁵⁰ Nota 619 tesis

“En lugar de un fanático despotismo y adoración de sí mismo, el hombre nuevo pone una ingenuidad de alto grado, una filialidad heroica; en lugar de un individualismo egoísta y atomizador, un espíritu comunitario que une y vincula interiormente, y además la solidaridad; en lugar del concepto materialista del trabajo, el ideal de trabajo netamente católico con su fuerza plasmadora creativa. Dicho en otros términos: Dios quiere estampar la faz de su Hijo sobre el ‘pañó de la Verónica’ de la época, sobre su sudario manchado de sangre. Y estamparla con los rasgos de una filialidad heroica, espíritu comunitario perfecto y fuerza plasmadora creativa.”⁵¹ Este es el hombre animado por el espíritu y vinculado al ideal con un carácter apostólico universal; es el ser humano comunitario que derrotará al ser humano masificado. Cada época va imprimiendo nuevos rasgos a ese hombre nuevo. ¿Qué podríamos decir sobre la comunidad nueva?

“La ‘comunidad nueva’ se libera - sin tornarse informe - de todo formalismo sin alma, de un estar uno al lado del otro mecánicamente o sólo exteriormente. Se esfuerza por una profunda unión interior de las personas; por un estar, interiormente, uno en el otro, con el otro y para el otro; por una conciencia de responsabilidad de uno por el otro, responsabilidad anclada en Dios, siempre activa, que impulsa al individuo y a la comunidad al camino del apostolado universal y allí los hace fecundos.”⁵²

Definitivamente creemos que este tipo de persona humana y comunidad es el más apropiado para hacer frente a los desafíos que nos plantea la globalización, en los arbores del siglo XXI.

No queremos terminar sin abundar un poco en que, para el P. Kentenich, cuando aseguramos una vida natural digna al ser humano estamos asegurando su vida sobrenatural. El ser humano que vive la extrema pobreza no tiene libertad, ni exterior ni interior. Se le ha coartado ese derecho, se le ha coartado su “autonomía” y se ha violado a la vez, el principio de “justicia”. Por eso, la persona humana que padece de necesidades esenciales como comida, vivienda y salud, no tiene la capacidad para decidirse por las cosas de Dios. Entendía que allí donde no se había resuelto satisfactoriamente el problema de la comida, “falta el órgano natural para la recepción del grano de semilla de la palabra de Dios, para la recepción del mundo sobrenatural”.⁵³ Insistía en que si al ser humano no se le satisfacen, en cierta medida, las necesidades naturales, le era casi imposible “moralmente” ser receptivos ante la gracia y el mundo de la gracia. También los pobres, atormentados por las penurias, por el hambre y por conseguir para sí y para su familia lo esencial, no le quedan fuerzas para elevar el nivel de su familia. En las circunstancias de pobreza y necesidad en la que vive un por ciento alto de seres humanos, es muy difícil prosperar una familia moralmente buena. A estas personas se les va embotando la sensibilidad para lo religioso. Dice que todo se va “vaciando de alma”. Así que cuando no protegemos y velamos por el respeto de la vida natural en el sentido social, también estamos atentando contra la vida sobrenatural del ser humano. Tenemos una doble responsabilidad.

Para el P. Kentenich “se trata, por lo tanto, no sólo de hacer que los hombres se sientan en casa en el cielo, es decir, en el mundo del más allá, sino también de impulsarlos a formar una nueva creación, un nuevo orden social, a gestar un nuevo orden social que

⁵¹ J. Kentenich, Epístola Perlonga, Selección de textos, Selección de textos sobre el pensamiento social del P. Kentenich, traducidos por Rafael Fernández, Sin publicar, o. c., p. 102. Ver también trad. de Roberto Bernet, p.39.

⁵² J. Kentenich, Carta a Mons. Josef Schmitz (1952-1953), en: Selección..., o. c., p. 125.

⁵³ J. Kentenich, Desafío social-Jornada pedagógica de 1930, ed. Schoenstatt, Chile, 1999, p. 126.

solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente de Sudamérica (...).”⁵⁴ El P. Kentenich cree que el cristianismo, siendo por su naturaleza una religión universal, está llamado a trabajar en la estructuración de un nuevo orden social que globalice la solidaridad, característica principal del Reino de Dios. El amor y la caridad se concretizan en la solidaridad. El obispo Don Pedro Casaldáliga expresa que “el mañana se llama solidaridad”. Nosotros exhortamos a todos a “**globalizar la solidaridad**” y hacerla el fundamento de un nuevo orden social, no sólo en Argentina, sino en todos los confines de la tierra.

⁵⁴ J. Kentenich, Plática del 17 de junio de 1967, En: Selección de..., o. c., p. 167.